

Cuadernos de **Trabajo Social**

ISSN: 1988-8295

<http://dx.doi.org/10.5209/cuts.72694>EDICIONES
COMPLUTENSE

Cebolla Bueno, Óscar (2020). *El arte del Trabajo Social. Una iconografía de Óscar Cebolla* [*The art of Social Work. a portrait of Óscar Cebolla*]. Lugo: Editorial Alejandro Robledillo. 188 pp. ISBN: 978-84-09-18603-7

El arte del Trabajo Social. Una iconografía de Óscar Cebolla es un libro escrito para ser disfrutado y sentido por trabajadoras sociales en todos y cada uno de los diversos ámbitos de intervención en lo que se encuentra nuestra profesión. Es un libro híbrido a medio camino entre el ensayo y la ilustración, pues en cada una de sus páginas se enlazan y conjugan en perfecta sintonía palabra e ilustración.

El autor nos regala la posibilidad de hacerlos transitar por investigaciones sobre la historia y la identidad del Trabajo Social, La identidad del Trabajo Social, así como reflexionar sobre las complejidades, especificidades y fortalezas. Y, sobre todo, nos acerca a visiones personales sobre el desarrollo gracias a la posición privilegiada del autor en estrecho contacto diario con los órganos de representación del Trabajo Social.

El libro comienza con una narración de la historia personal de Óscar Cebolla para explicar cómo es su primer contacto con una trabajadora social y cómo el Trabajo Social le cambió su vida y la de su familia. A partir de ese momento, la persona lectora puede enmarcar desde dónde se escribe esta obra, y así entender como el autor, sin ser trabajador social, siente una deuda que canaliza a través de este libro en forma de homenaje a nuestra profesión. “En aquel instante supe que era una trabajadora social y en aquel instante el trabajo social ganó un aliado para siempre” (p. 15).

La obra se divide en dos partes. En la primera parte titulada *Iconología del trabajo social* nos habla de la historia de la profesión y cómo el Trabajo Social tiene un origen vinculado a cuestiones olvidadas -intencionadamente o no- por la profesión como que los títulos de técnico de la asistencia social en 1930 los firmaba Pilar Primo de Rivera. Es en esta parte donde el autor también cuenta de manera de-

tallada de dónde viene el emblema de la profesión, así como la razón por la que tiene ese diseño tan peculiar y que tantas críticas ha recibido. En el texto se explica que se desconoce el significado que pretendían otorgarle quienes diseñaron y eligieron el emblema, siendo este desconocimiento hacia nuestra propia historia profesional un ejemplo más del abandono del Trabajo Social por sus imágenes. “Es una prueba evidente de la pérdida de identidad del trabajo social por su negligencia en el reconocimiento y el tratamiento de sus imágenes. De sus iconos. De sus símbolos” (p. 55).

Es en esta primera parte donde se recoge también un reconocimiento a cuatro iconos del Trabajo Social en España, a las denominadas “las cuatro fantásticas”. Montserrat Colomer, Patrocinio de las Heras, Teresa Zamanillo y Natividad de la Red. En estas páginas la persona lectora puede conocer de una manera muy coloquial qué han aportado cada una de ellas al Trabajo Social, así como acercarse a la parte más cercana y humana de estas mujeres.

La segunda parte del libro, titulada *Iconografía de mi trabajo social*, se divide en dos grandes ejes. Es en este punto donde el libro se centra en el Trabajo Social actual en el contexto español para contar a través de casos concretos, qué es eso de ser trabajadora social. En el primer eje de la segunda parte, titulado *Gajes del oficio*, el autor comparte con las personas lectoras aspectos más controvertidos que no gozan de buena acogida tales como el estigma, la división entre academia y profesión, las personalidades egocéntricas también existentes en Trabajo Social o la identificación de esta profesión con una falsa tendencia al buenismo.

Se habla sin ningún tipo de adorno léxico del estigma que acompaña a las personas que acuden a un centro municipal de Servicios Sociales, porque el mismo autor narra cómo lo

sintió. “Algo similar ocurre con el cajón de sastre de los Servicios Sociales. En ningún lugar se dice que sea para desvalidos o pobres, pero esa es la imagen que la sociedad proyecta sobre estos centros” (p. 91).

La división entre la academia y la profesión en Trabajo Social es una realidad que nos avergüenza y nos hace sentir mal, sin embargo, a pesar de los intentos de acercamiento -algunos fructíferos- suele pasar que al final academia y profesión discurren por caminos separados donde solamente coexisten ligeras posibilidades de encuentro. Sucede que no son pocas las profesionales que se sienten inferiores ante las grandes mentes de la academia y, a pesar del conocimiento situado que poseen de la práctica, no se atreven a decir nada, tampoco para acercar posiciones “por si en algún momento puedo meter la cabeza en la universidad” (p. 95). En este capítulo el autor expone a través de diferentes prácticas poco éticas la tensión existente entre una parte -no mayoritaria- de la academia obsesionada con el objetivo de conseguir más y más publicaciones, “Hay gente que debe dormir en un cúmulo de certificados como un dragón sobre su montaña de oro” (p. 97) y la otra parte en la profesión -no mayoritaria- que ilustra el perfil de profesional ramplón. Aquel que no se cuestiona nada, sigue las normas de la institución de manera acrítica porque la remuneración salarial va a ser la misma. “Ejecuta el programa sin hacer preguntar y bajo el menor coste posible. Horario de 8 a 3, resuelve casos. Spinning martes y jueves. Recoge a los niños. Resuelve casos” (p. 97).

Es también interesante el relato de cómo afecta a nivel emocional ser una profesión de ayuda, de cuidado a los otros. No es casualidad que muchas trabajadoras sociales en algún momento de su vida laboral tengan que solicitar una baja por depresión, estrés o ansiedad como resultado de la presión a la que se ven sometidas en numerosos espacios de intervención. En este punto, se realiza un llamamiento al reconocimiento profesional -casi inexistente- porque son muchas las trabajadoras sociales que “merecían un reconocimiento por su labor pública, que es la asignatura pendiente de la sociedad para con el trabajo social” (p. 106).

Y de la mano de esta idea de afectación nos adentramos en la reflexión sobre el notable ego de muchas figuras relevantes del Trabajo Social. No es algo extraordinario de esta profesión, pero sí es un elemento claramente

identificable en tantas y tantas asociaciones, plataformas o espacios profesionales que batallan por tener un ansiado espacio de poder. Esta falta de saber compartir nos lleva a pensar si tal vez uniendo posturas se hubieran conseguido reivindicaciones históricas que siguen esperando en un cuarto oscuro sin visos de que se produzca ningún avance. “A día de hoy hay muchas figuras del trabajo social, pero no veo a nadie que represente a todas. El ego está por encima de la unidad. Grandes muros en los espacios comunes en los que debería encontrarse la profesión” (p. 114).

Otros temas que se abordan de interés para la persona lectora hablan de quién era realmente Mary Richmond y porqué seguimos difundiendo una fotografía falsa de ella, o la importancia de la estructura colegial en el desarrollo y crecimiento del Trabajo Social.

En el segundo eje, titulado *Viva el trabajo social*, el autor comparte experiencias profesionales que no deben caer en el olvido a través del análisis de una serie de cualidades o elementos comunes en el Trabajo Social. Así aparecerán reflexiones sobre la vocación (identificada con aquello de “sentir la llamada”, la idea romántica de ser trabajadora social y ayudar a las personas), la empatía (la cualidad que toda profesional del Trabajo Social debe tener o al menos aspirar a ello), la importancia de apoyar el Trabajo Social en el mundo rural o el desconocido Trabajo Social en instituciones penitenciarias.

De este eje es especialmente interesante la narración en torno a la añorada recuperación de los espacios urbanos en contextos socioeducativos. El debate latente de que el despacho ha dinamitado el Trabajo Social y se lo hemos cedido a nuestras compañeras de la Educación Social. Es un debate profundo y de una importancia crucial para la profesión porque por una parte, genera mucho malestar entre aquellas profesionales que se sienten encarceladas entre las cuatro paredes de su despacho y, por otra parte, no es solo una cuestión de espacios físicos sino también de lucha por los espacios simbólicos que arrastran las profesiones de los social desde que el mercado de trabajo pasar a ser un espacio de luchas de poder. “En relación al Trabajo Social de calle, lo que subyace tras esta reflexión es, de nuevo, la identidad y la innegable guerra que existe entre las profesiones de la intervención social” (p. 138).

Y, es precisamente este tono cercano, experiencial y coloquial el que consigue atrapar a la

persona lectora permitiéndonos bucear por aspectos desconocidos de nuestra propia historia como profesionales. Nos permite pensar sobre las imágenes que nos acompañan y representan (y de las que desconocíamos su origen) o de la

importancia de dar voz y, sacar del olvido tantas y tantas buenas prácticas cotidianas de trabajadoras sociales anónimas que en silencio hacen que esta sociedad cada más polarizada y hostil no se olvide de nuestras personas usuarias.

Mercedes Muriel Sáiz
Universidad Complutense de Madrid, España
mm.muriel@ucm.es